

La muerte de un niño trae dolor a una familia (1 Reyes 17:17-24)

El niño corría por las polvorientas calles del pueblo de Sarepta. Subía por la escalera que estaba fuera de la casa para tratar de ver qué era lo que estaba haciendo el visitante. Su madre muchas veces le decía:

— ¡Niño, no subas la escalera, no molestes al varón de Dios! Pero aquella mañana con el cielo gris, el niño no corría como antes. La enfermedad fue muy breve y el desenlace llegó casi por sorpresa.

Una de las tareas más difíciles de un médico es atender a un niño con una enfermedad terminal como el cáncer o una enfermedad infecciosa mortal. Y cuando ese médico es padre, resulta aún más difícil.

La viuda de Sarepta había tenido que reorganizar su vida después del fallecimiento de su esposo. Luego sobrevino la crisis económica internacional, que produjo hambre no sólo en Israel sino también en Tiro y Sidón.

Y *“aconteció después de estas cosas que cayó enfermo el hijo de la mujer, la dueña de casa, y su enfermedad fue tan grave que no quedó en él aliento” (1 R 17:17)*. Parecería que lo que provoca la muerte del niño es algo que tiene que ver con la respiración o los pulmones. No sabemos si tuvo una neumonía, una pulmonía severa, como una “bronconeumonía”, o si su estado se debió a una debilidad de los músculos respiratorios por una afección del sistema nervioso, como la que produce la poliomielitis que, por supuesto, puede causar la muerte por asfixia. Pienso que, por frecuencia, las causas más comunes de muerte en un niño con los síntomas descritos son neumonía (pulmonía), poliomielitis, o difteria.

En el versículo siguiente, la mujer derrama su corazón y dice: *“¿Qué tengo yo contigo, oh hombre de Dios? ¿Has venido a mí para traer a la memoria mis iniquidades y hacer morir a mi hijo?”*. Vemos en esta madre la reacción natural de un ser humano ante una tragedia de tal magnitud. Sin embargo, esta mujer reconoce la santidad del profeta de Dios. A veces, cuando nuestros amigos nos conocen íntimamente, se dan cuenta de que no somos tan “santos”. Pero no es así con el profeta Elías. Por eso, ella cree que la tragedia de su hijo obedece a causas referidas a su propio pasado. Probablemente, en su juventud habría participado del culto a Baal. El profeta de Dios ha estado predicando públicamente el juicio de Dios en forma de sequía a causa del pecado de idolatría. Sabemos que el rey Acab lo consideraba su enemigo. Antes del capítulo 17, Elías ha tenido una actuación nacional denunciando el pecado de Acab y de Israel. Antes de que se encontrara con el profeta, esta mujer vivía una vida “normal”; no se consideraba mejor ni peor que los demás a su alrededor. Bien es cierto que vivía en la zona donde reinaba el padre de esa mujer impía llamada Jezabel.

Pero ahora que la muerte ha golpeado a la puerta de su casa, se pregunta: *“¿Será posible que la muerte de mi hijo sea el resultado del pecado en mi vida?”*. Al compartir sus pocas pertenencias con el profeta, la mujer había demostrado que tenía temor reverencial de Dios. Esa fue la razón por la cual el Señor le mandó al mismo profeta Elías. Pero ahora que tiene delante de su presencia a este hombre tan santo, se da cuenta de que ella no es tan justa como se creía. Ella le pregunta al profeta: *“¿Qué tienes contra mí? ¿Qué es lo que te he hecho para que me pase esto que parece un castigo de Dios?”*. Evidentemente, su concepción de Dios no era del todo correcta. Estaba acostumbrada a esas divinidades

paganas que castigaban cruelmente a sus adoradores, si estos no hacían lo que ellas querían. Pero nuestro Dios no es así. El profeta Jeremías lo dice claramente: *“Por la bondad del Señor es que no somos consumidos, porque nunca decaen sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad” (Lam 3:22-23)*. La frase *“¿Qué tengo yo contigo?”* se podría interpretar así: *“¿Qué tienes en contra de mí?”*. Sin duda, Elías no tenía nada en contra de ella. La presencia del profeta en su hogar la había salvado del hambre. Otros interpretan que esta frase significa algo así como: *“¿Qué tenemos en común tú y yo? Yo soy una pecadora y tú eres un hombre de Dios; esta relación me ha dañado”*.

Esta señora ha sufrido por lo menos tres grandes reveses en su vida.

Primero, perdió a su esposo. Quizás su consuelo era que tenía un niño sobre el cual ella podía volcar todos sus afectos y esperanzas.

El segundo golpe sobreviene con el hambre. Entonces ella se resigna a morir con su hijo después de comer el último plato de comida. Dios utiliza la presencia del profeta para preservarlos en esta situación tan difícil. Note que ella no se queja a Dios de lo que ha acontecido.

Y ahora, con la muerte de su hijo, ha llegado el tercer golpe. La realidad es que ella no había hecho nada especial para merecerse este castigo. Dios, en su infinita sabiduría y providencia, ha permitido que esta tragedia sucediera. Por supuesto, tampoco nosotros podemos entender los propósitos de Dios cuando nos pasa algo grave. Es una bendición y consuelo saber que *“Dios hace que todas las cosas ayuden para bien a los que le aman, esto es, a los que son llamados conforme a su propósito” (Ro 8:28)*.

Esta madre se está atormentando con la dolorosa pregunta: *“¿Por qué a mí?”*. A menudo, tenemos la tendencia a sospechar que las desgracias que sufrimos se deben a un pecado personal. Cuando los discípulos vieron al ciego de nacimiento le preguntaron a Jesús: *“¿Quién pecó, este o sus padres, para que naciera ciego?”*, y la respuesta del Señor fue: *“No es que este pecó ni tampoco sus padres. Al contrario, fue para que las obras de Dios se manifestaran en él” (Jn 9:23)*.

El profeta Elías va a mostrarle a la viuda esta misma verdad que, muchos años después, Jesús enseriaría a sus discípulos: *“Y él le respondió: Dame tu hijo. Lo tomó del seno de ella, lo llevó al altillo donde él habitaba, y lo acostó sobre su cama” (1 R 17:19)*. Sin duda, este niño no era desconocido para Elías. Al viajar, muchas veces me he hospedado en casa de hermanos en la fe. Casi siempre hay un niño o una niña. Los dos primeros días tienen vergüenza frente al huésped. Si les preguntamos el nombre, salen corriendo con la cara colorada. Pero después de unos días se empiezan a acercar. Y yo me imagino que exactamente esto fue lo que sucedió con este niño. Sin duda, se había establecido una relación entre el profeta y el niño. Así que, cuando el profeta ora a Dios, no lo hace por un niño desconocido sino por un ser humano con quien él ha tenido contacto por más de un año.

Quizás usted se pregunte cuál sería la razón por la que Elías tomó al niño y se lo llevó a su cuarto en el altillo. Creo que hay varias posibilidades a considerar. En primer lugar, este no fue un milagro como los registrados en el Nuevo Testamento, en los que el Señor Jesús daba una orden verbal y el milagro se producía instantáneamente. Aquí el profeta va a interceder intensamente por este niño. Se va a *“estirar”* sobre el niño de la misma manera que después lo va a hacer el profeta Eliseo. Quizás, para la madre, era muy difícil entender lo que el varón de Dios estaba haciendo. Cuando el Señor Jesucristo resucitó a la hija de Jairo, no permitió que entrara en la habitación nadie más que el padre, la madre y los tres discípulos escogidos (Juan, Pedro y Jacobo). Cuando sanó al sordomudo, se

separó de la gente. Las Escrituras nos dicen: *“y tomándole aparte de la multitud, metió los dedos en sus orejas, escupió y tocó su lengua” (Mr 7:33)*. Lo mismo hizo con el ciego de Betsaida: *“Entonces tomando al ciego de la mano, le sacó fuera de la aldea” (Mr 8:23)*.

Pero creo que hay algo más a considerar y es que su “dormitorio” se había convertido en el lugar de su lucha en oración. Allí el profeta Elías ha estado muchas horas en oración sintiendo la presencia de Dios. Ese es el mejor lugar para llevar al niño. Si la batalla espiritual ha de ser peleada, ese es el mejor territorio para ganarla. No sabemos la edad del niño, pero era lo suficientemente pequeño como para que el profeta lo pudiera levantar en sus brazos sin problemas. No creo que fuera uno de esos jovencitos de 15 años que pesan 80 kilos.

Me imagino la escena. Elías lo toma en sus brazos cuidadosamente y con cariño. El profeta ha estado en esa casa durante más de un año y seguramente se ha encariñado con este niño. Pienso en la madre cuando permite que el cuerpo muerto del hijo que ella había engendrado quede en las manos del varón de Dios. Yo no sé si podemos captar la intensidad de esta escena. Ella ignora qué es lo que el profeta tiene en mente. ¿Se imagina usted qué hubiera sucedido si el profeta hubiera regresado con el niño muerto y se lo hubiera devuelto a su madre en esa condición?

Creo que tampoco Elías sabe bien lo que va a hacer, pero lo toma en sus brazos y hace lo único que sabe hacer en esas circunstancias: orar al Señor. El texto sagrado nos enseña: *“y lo acostó sobre su cama” (1 R 17:19)*. En aquellos tiempos, muchas casas tenían una especie de “altillo”, un cuarto sobre el techo, separado de la casa, al cual se podía llegar por medio de una escalera exterior. Al no tener comunicación interna con la casa, nadie podía desconfiar de la conducta moral de la viuda ni de Elías. Leamos ahora el versículo 20: *“Entonces, clamando al Señor dijo: ¡Oh Señor, Dios mío! ¿Aun a la viuda en cuya casa estoy hospedado has afligido, haciendo morir a su hijo?”*. Note que no es una oración monótona y sin energía. El profeta está clamando a Dios desde lo profundo de su corazón. Primero reconoce el señorío y la autoridad de Dios. Luego parecería que le reprocha a Dios por la muerte del niño. Digo “parecería” porque el profeta Elías es un hombre muy temeroso de Dios. Es un hombre de oración que tiene un conocimiento de Dios muy especial y muy íntimo. Podía orar a Dios de una manera que puede parecer casi irrespetuosa, pero que en verdad no lo era. Muy a menudo, en las oraciones del Antiguo Testamento se esgrimen argumentos frente a Dios. El que ora le da a Dios una buena razón por la cual espera que él haga lo que se le está solicitando. Por ejemplo, cuando Abraham intercede por Sodoma, dice: *“No se enoje mi Señor, si hablo sólo una vez más: Quizás se encuentren allí diez” (Gn 18:32)*.

Sobre la base de esta costumbre, Elías pregunta al Señor: *“¿Aun a la viuda en cuya casa estoy hospedado has afligido, haciendo morir a su hijo?” (1 R 17:20)*.

En algún sentido, “acusa” o hace responsable a Dios de lo que ha sucedido. En segundo lugar, le “recuerda” a Dios que no ha tenido en cuenta lo que esta viuda ha hecho por el profeta. ¡Qué bueno es para nosotros saber que *“Dios no es injusto para olvidar vuestra obra”! (He 6:10)*. El profeta Jeremías lo expresa muy bien al decir *“Justo eres tú, oh Señor, para que yo contienda contigo. Sin embargo, hablaré contigo sobre cuestiones de derecho” (Jer 12:1)*.

El relato nos cuenta que, después de presentar sus argumentos frente a Dios, el profeta *“se tendió tres veces sobre el niño y clamó al Señor diciendo: ¡Oh Señor, Dios mío, te ruego que el alma de este niño vuelva a su cuerpo!” (1 R 17:21)*.

Dios hace maravillas ante una pérdida irreparable

El profeta de Dios que se tiende tres veces sobre el niño nos trae al corazón a aquel que es Dios manifestado en carne. Las Escrituras nos cuentan que, en el huerto de Getsemaní, Jesús *“se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, de ser posible, pase de mí esta copa. Pero, no sea como yo quiero, sino como tú” (Mt 26:39)*. Elías se tendió tres veces sobre el niño y oró. Jesucristo se postró en tierra sobre su rostro tres veces y oró.

Trate de visualizar la escena. El profeta se tiende sobre el pequeño cuerpo del niño muerto y no pasa nada. Lo hace una segunda vez y no pasa nada. Creemos que en cada ocasión repite la misma oración. Quizás nosotros nos hubiéramos dado por vencidos la primera o la segunda vez. Pero Elías era un hombre de oración perseverante. Observe que su oración es muy concreta. Entonces *“el Señor escuchó la voz de Elías, y el alma del niño volvió a su cuerpo, y revivió” (1 R 17:22)*.

Es un consuelo saber que el Señor, en su compasión, también nos escucha. Por eso, las Escrituras nos animan en **(He 4:16)**: *“Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia para que alcancemos misericordia y hallemos gracia para el oportuno socorro”*.

El niño comienza a respirar, abre sus ojos, se sienta sobre la cama y ve el rostro lleno de lágrimas del varón de Dios. Abre su boca y dice algo así como: *“¿Dónde estoy? Elías, ¿qué estoy haciendo aquí?”*. Quizás no tiene una respuesta inmediata. El siguiente versículo nos dice que *“Elías tomó al niño, lo bajó del altillo a la casa y lo entregó a su madre. Luego Elías dijo: ¡Mira, tu hijo está vivo!”*.

Se acaba de producir el primer milagro de resurrección registrado en la Biblia. El profeta lleva al niño desde el altillo hacia donde está su madre. Allí está ella. Su rostro inclinado al suelo, mientras las lágrimas cubren su semblante. De pronto, una voz fuerte la interrumpe y le dice: *“¡Mira, tu hijo vive!”*. La mayoría de nosotros hemos llevado el cuerpo de un ser querido para ser sepultado, pero los creyentes sabemos que ahí no se termina todo. Los creyentes en Jesucristo tenemos alguien más eficiente que Elías. En el Nuevo Testamento, el apóstol Pablo dice: *“Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los demás que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, de la misma manera Dios traerá por medio de Jesús, y con él, a los que han dormido” (1 Ts 4:13-14)*. Elías subió los peldaños llevando un cuerpo muerto, pero bajó la escalera del aposento de la mano de un niño lleno de vida. El Señor Jesús bajará del cielo y llevará a los suyos *“porque el Señor mismo descenderá del cielo con aclamación, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero” (1 Ts 4:16)*.

El relato de 1 Reyes concluye diciendo: *“Entonces la mujer dijo a Elías: ¡Ahora reconozco que tú eres un hombre de Dios y que la palabra del SEÑOR es verdad en tu boca!” (1 R 17:24)*. Parecería que el hecho de que durante más de un año ella y su hijo han sido alimentados milagrosamente no ha sido suficiente para convencerla de que Elías es un hombre de Dios. Después del milagro de la harina y el aceite ella sabía que Elías tenía “poderes” extraordinarios. Pero ahora que su hijo ha sido resucitado todo ha cambiado. Ella sabe que algo ha pasado en su vida, algo que nunca jamás ha sucedido. Un día vamos a estar en la presencia de Dios. Allí veremos a aquellos hermanos en la fe cuyos cuerpos entregamos a la tierra esperando el día de la resurrección. ¿Se imaginan cuál será nuestro sentir al verlos allí resucitados en la misma presencia del Señor? Diremos como la mujer de Sarepta: *“¡Ahora reconozco que la palabra del Señor es verdad!”*.

La madre toma a su hijo, lo abraza, lo besa y llora con lágrimas de gozo que sólo Dios puede dar. Ella puede decir, como dirán los samaritanos muchos años después: *“Ya no creemos a causa de la palabra tuya, porque nosotros mismos hemos oído y sabemos que verdaderamente este es el Salvador del mundo” (Jn 4:42)*. En mi opinión, la referencia de **(He 11:35)** puede ser una alusión a esta viuda: *“Mujeres recibieron sus muertos mediante resurrección”*.

Dios tenía un plan y en ese plan van a instruirse por lo menos cinco clases de personas.

En primer lugar, la viuda va a aprender que el profeta tiene una relación extraordinaria con el Dios de Israel. Y que ese Dios, a diferencia de los que ella conoció en su paganismo, puede hacer maravillas cuando oramos a él.

Segundo, va a instruirse al mismo profeta Elías en cuanto a que el Señor tiene un propósito en nuestras pruebas y tragedias.

Tercero, ese niño va a aprender mucho cuando crezca y se le explique con detalles todo lo que sucedió.

Cuarto, Eliseo, el futuro sucesor de Elías, va a aprender cómo actuar en una situación similar, resucitando al hijo de la viuda sunamita **(2 R 4:33-34)**.

En quinto lugar, usted y yo aprendemos que el Señor Jesús es aquel que vino *“para destruir por medio de la muerte al que tenía el dominio de la muerte” (He 2:14)*. Un día, el profeta sigue su camino y se despide de la viuda y de su hijo. Allí queda una pequeña familia que ha experimentado la verdad de que Dios es el padre de los huérfanos y el defensor de las viudas. La tormenta fue tremenda pero el arco iris fue mucho más hermoso.

Algunas acotaciones médicas sobre la muerte del niño

Las causas más comunes de muerte en un niño con los síntomas descritos son neumonía (pulmonía), poliomielitis o difteria. También debe ser considerada la posibilidad de otras enfermedades infecciosas del sistema nervioso. En la difteria, el microbio produce unas toxinas o venenos muy poderosos que dañan órganos vitales como el corazón. Quiero destacar que cuando la muerte se produce por una enfermedad infecciosa o tumoral, se debe a la destrucción o daño severo de órganos vitales. En el caso de la neumonía, por ejemplo, los pulmones tienen un daño extenso. En la resurrección de este niño se producen por lo menos los siguientes tres actos simultáneos:

1. El alma vuelve al cuerpo **(1 R 17:22)**.
2. El daño ocasionado por la enfermedad es restablecido completamente. Es decir, este niño no quedó con un “pulmón de menos”.
3. El agente que causó la enfermedad, como la bacteria, el virus o la célula cancerosa es completamente destruido. De lo contrario, pocos días después el niño hubiera muerto nuevamente.

Algunos temas para la predicación y el estudio en grupos

- El poder de la oración cuando todo parece perdido.
- Las pruebas como medio que el Señor utiliza para nuestro aprendizaje.
- Compartiendo la misericordia del Señor con aquellos que sufren.

Preguntas para reflexionar y discutir

- ¿Ha sufrido usted la pérdida de un ser querido? ¿Cuáles fueron los sentimientos que más le costó compartir con otros?
- ¿De qué maneras específicas sintió usted la obra de Dios a través del obrar de otros cristianos?
- ¿Qué resultados surgieron de la oración perseverante en momentos de intenso dolor o preocupación?
- ¿Qué enseñanzas recibió del Señor a través de sus experiencias de pérdida?